​​​​

​El despertador no sonó. Era demasiado tarde para llegar a tiempo al punto de salida de la Ruta teresiana. Entonces, la potente luz de la mañana que entraba por el balcón me atrapó, contagiándome con su energía: tienes que ir a Ávila, Andrés, no importa que el bus haya salido.

​Era mi primera ruta literaria y no podía quitarme de la cabeza la preocupación y el perjuicio que podía haber ocasionado a mis compañeros de viaje.

​Siempre me atrajeron las personas pasionales y las grandes obras. Por eso me resultó irresistible ir a conocer el universo teresiano en el V aniversario de su nacimiento. También ser licenciado en Historia y estudiante de Arte en la UNED me vinculaba a la ruta. “No cansarse nunca de estar empezando siempre”, decía la Santa. ¡Cuántas veces habré sentido eso en mis ratos de estudio!

​Así, busqué un taxi y me dirigí a la estación de Chamartín para coger el tren a Ávila de las 10.33. ¡Y lo conseguí!

Fue un viaje extraño, solitario, y, pese a mi determinación, lleno de temores y de nervios, pero algo lo había querido así. "Nada te turbe, nada te espante", decía santa Teresa.

​No pude llegar a la primera conferencia sobre la obra conventual en Ávila y opté por ir directamente al Monasterio de la Encarnación. Un inquietante sentimiento dentro de mí se acrecentó al verme ante la gran escultura de la Santa que me recibió a la entrada. Casi sentí que era su fuerza la que había guiado mis pasos hasta ese lugar.

​A partir de ese momento todo fue bien. A los pocos minutos llegó el grupo y el viaje continuó su curso. Del convento de la Encarnación pasamos a contemplar una impresionante vista de la ciudad mientras escuchábamos las explicaciones de Nacho y Raimundo, que durante todo el viaje demostraron ser unos inmejorables guías.

Desde allí y tras la comida partimos hacia Alba de Tormes. El trayecto por carretera discurrió bajo una fina lluvia que, prácticamente, no nos abandonó en toda la tarde y que daba al viaje un carácter aún más místico. Visitamos el Convento de la Encarnación y el Museo Carmelitano, y también pudimos contemplar el esplendor del río Tormes a su paso por esta localidad.

​​El domingo dimos un último paseo por Ávila durante el que nos hablaron de las vicisitudes que, ciudad y muralla, piel y cuerpo, habían atravesado a través de los años. También estuvimos en el Convento de San José, el primero que fundó santa Teresa.

​El regreso a Madrid lo hice, ahora sí, con el grupo de la UNED. El círculo se cerraba. El viaje que inicié solo finalizaba acompañado de todos aquellos que lo habían compartido conmigo y sin los que nunca hubiera sido el mismo, como la UNED, también un viaje que comienza sólo y que acaba con nuevos compañeros y con un nuevo sentido de todo. Nuevamente, escuché la voz de santa Teresa: “Sólo el amor es el que da valor a las cosas”.

​

​